

Lili KOMOTÚ

Y LA AVENTURA
DEL TULIPÁN
CEBRA



 ZIGZAG

AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR

VICENS VIVES

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN

Lili KOMOTÚ

Y LA AVENTURA
DEL TULIPÁN
CEBRA



AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR

Ilustraciones **SEDA KIR**

 **ZIGZAG**

Primera edición, 2025

DL B 7.159-2025

ISBN: 978-84-1193-781-8

Núm. de Orden V.V.: UP03

© AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR, 2025

Sobre el texto literario.

© SEDA KIR, 2025

Sobre las ilustraciones.

© EDITORIAL VICENS VIVES, S.A.U.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

ÍNDICE

1. OREJAS NUEVAS 7
2. PISCINAS Y MANGUERAZOS 12
3. UNAS GAFAS PEQUEÑAS 18
4. EL CRECEPELO 20
5. SHAORAN 23
6. YUYU Y LASTIMITA 29
7. COSA DE CHEWBACCA 32
8. ROTONDAS 34
9. MORALES 38
10. ¿UN POQUITITO MÁS DE TÉ? 45
11. EL SÍNDROME DE CIRCE 54
12. EL TIEMPO SE ACABA 61
13. DIMITRI ES LA SOLUCIÓN 64
14. EL BIGOTE ES TENDENCIA 67
15. ¡POLICÍA! 73
16. SELFÍ 75
17. LOS MUSLOS 81
18. ESPÍRITUS LIBRES 82
19. EL TERRUÑO HOLANDÉS 85
20. EL PELIRROJO SATÁNICO 89
21. CONFIRMADO 93
22. EL SUSTO 96
23. UNA PERSIANA BAJADA 97
24. «BUSCA DENTRO DE TI» 100
25. EL BESO 103

El sábado al mediodía nos pasó la cosa más rara del mundo. Teníamos que ir al cumpleaños de mi tía Ñoqui, así que papá se fue a duchar. Hasta ahí, todo suena normal, porque es normal que la gente se duche si toca ir de fiesta. Lo raro empezó luego, cuando papá salió del cuarto de baño. Porque, en vez de salir con sus orejas de siempre, salió con unas grandes orejas de burro.

Yo estaba haciendo los deberes en el suelo, tirada bajo la mesa del comedor, entre nubes de pelusa y migas sin barrer. No me preguntes por qué, pero me gusta hacer los deberes debajo de la mesa.

El sábado tenía dos ejercicios. El primero decía: «Retrátate a ti misma en treinta líneas». Expliqué que me llamo Lili Komotú, que tengo diez años, que mis ojos son marrones, que llevo gafas, que mido un metro y cuarenta y dos y que mi apellido no es africano aunque lo parezca. Cuando acabé, conté las líneas. ¡Solo tenía cinco! ¡Me faltaban más de veinte!

—¡Mamá! —dije.

—¿Qué pasa?

Mamá estaba cerquita. No le veía la cara, pero le veía los pies. En aquel momento, se dedicaba a vaciar su bolso justo encima de mi cabeza, sobre la mesa del comedor. Mamá siempre vacía su bolso cuando tenemos un cumpleaños, una boda o un funeral. Dice que lo hace para tirar todo lo que no sirve. Pero la verdad es

que, en cuanto acaba de vaciar el bolso, lo vuelve a llenar con todo lo que había dentro. Supongo que a mi madre le cuesta deshacerse del pasado.

—¿Yo cómo soy? —le pregunté.

—Eres la niña más bonita del mundo... —respondió mi madre sin pensárselo dos veces.

—Eso no me vale. Estoy haciendo una redacción y tengo que explicar cómo soy.

—Pues di que tienes el pelo rizado, los ojos grandes y las pestañas enormes.

—Eso suena raro...

—¿Raro? ¿Por qué?

—Porque la gente de mi clase no habla del tamaño de sus pestañas...

—Entonces pon que te gustan los nachos con queso y que eres muy inteligente.

—¿Cómo voy a decir que soy inteligente?

—¿Por qué no? Aprendiste a montar en bici en media hora...

A mí me costó seis meses y un montón de porrazos. Y además te fijas en todo. Eres la niña más observadora del mundo. Cuando pierdo mis pinzas de depilar, tú siempre sabes dónde me las he dejado.

—Si pongo que soy inteligente, la profe pensará que soy idiota.

—¿Cómo va a pensar eso?

—Porque hay que ser muy tonta para ir por ahí diciendo que eres inteligente.

—Eso quiere decir que eres modesta. Ponlo en tu redacción: «Soy modesta».

—¿Modesta? Yo no uso esa palabra...

—Entonces pon que te falta vocabulario.

Mi madre tiene respuestas para todo. Pregúntale por qué los aviones vuelan y ya verás que pronto te responde. Seguro que te da una contestación que no vale, pero, para ella, eso es lo de menos. Lo que importa es responder.

—Entonces, ¿qué pongo? —volví a preguntar.

De pronto, cayó al suelo un novelón de setecientas páginas. Había salido del bolso de mamá, y no me aplastó la mano de puro milagro. Miré el libro de reojo. Se titulaba *La mujer que podía hablar con las gallinas*. A mi madre le gustan las novelas largas. Y sobre temas raros.

—Pon que te gusta disfrazarte —dijo mamá—. Y que odias la ropa que aprieta. Que te dan miedo las vacunas porque pinchan. Que le haces pasteles a tu abuela cuando la ves triste. Que dibujas bien, pero nada regular. Que una noche te sacaste un caramelo de la boca y lo tiraste muy lejos porque querías que se quedara pegado en la luna, pero que el caramelo acabó en el ojo de tu padre. También puedes hablar de tu juguete favorito...

—Ya hice una redacción sobre Cocopús hace dos semanas.

—No hablaba de Cocopús. Tu juguete favorito es el secador de pelo. Explícale a tu profesora que lo pones en modo huracán y que te lo pasas por la barriga para que te haga olitas. Y que ya has quemado dos secadores en lo que va de año.

—¿No pienso contar nada de eso!

—¿Te da vergüenza? Pues pon que eres vergonzosa.

—Yo no soy vergonzosa...

—Un poco sí. Te cuesta hablar con la gente...

—Lo que pasa es que no le cuento mi vida al primero que pasa...

—Pues yo sí. A mí, charlar con gente nueva me da un subidón. Además, hablar con desconocidos es la única manera de conocer gente.

Justo en ese momento, papá entró en el comedor. Me alegré de que apareciera, porque empezaba a cansarme de la conversación con mi madre. Papá venía de la ducha y olía a vainilla. En cuanto vio a mamá, empezó a soltarle preguntas en plan metralleta.

—¿Qué hora es? —dijo—. ¿Vamos bien de tiempo? ¿No habrá mucho tráfico a estas horas? ¿Ya habéis envuelto el regalo? ¿De verdad tenemos que ir al cumpleaños de tu hermana?

—¡¡¡¡Aaah!!!! —dijo mamá.

Gritó tan fuerte que me asusté. Y, como me asusté, levanté la cabeza de golpe. Y, como levanté la cabeza de golpe, me estampé contra los bajos de la mesa. ¡Qué dolor!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritas así? —preguntó papá—. ¿Es que no me he enjuagado bien el pelo?

—Pero ¡¡¡¡¿qué te ha pasado?!!!! —le soltó mamá—. ¡No puedes ir así al cumpleaños de Ñoqui...!

—¡Oye, que no pensaba ir así! —refunfuñó papá—. Pensaba vestirme. ¿Qué me pongo?

Yo salí de debajo de la mesa, y entonces vi a mi padre. Iba a pecho descubierto, que es lo normal cuando acabas de salir de la ducha, y llevaba la toalla alrededor de la cintura, que es lo normal si no te va el nudismo.

Lo que no era normal es que, en vez de salir al comedor con sus orejas de siempre, chiquititas y con forma de pera, papá apareció con unas orejas largas y peludas en formato zanahoria. Eran, claramente, orejas de burro.

Mamá miraba a papá con unos ojos grandísimos que parecían naranjas. Se quedó tan pasmada que hasta se le cayó de las manos el pintalabios antimosquitos color fucsia que acababa de sacar de su bolso. Lo vi rodar por el suelo, entre las pelusas.

